

ZEEP.

(Roberto J. PAYRO, para *La Nación*)

(En este cuento, el vigoroso escritor argentino esboza la historia de uno de los enriquecidos de la guerra.)

I

Pasa en un *tonneau* tirado por una jaca un tipo completo de *parvenu*, barrigón, colorado, risueño, con pantalón a rayas, jaqué azul, chaleco floreado, en el que brilla una gruesa cadena de oro. Los chicos de Marolles corren tras el cochecillo, con gran redoble de zuecos, gritando a desgañitarse :

- ¡ *Zeep* ! ¡ *Zeep* !

« *Zeep* » en flamenco significa « *jabón* », y los pilluelos de la rue Haute han adoptado esa palabra para designar a los enriquecidos durante la guerra a costa de sus conciudadanos, vendiéndoles a peso de oro lo que no vale

ni cuesta un ardite. El *Zeep* no es el acaparador. El acaparador monopoliza ciertas mercancías para inflar sus precios ; el *Zeep* fabrica lo que vende, o transforma unos productos en otros.

Los chiquillos, entretanto, continúan persiguiendo al del *tonneau*, sin cesar en su gritería, pero también sin lograr conmoverlo. Blaise Renaud tiene harta conciencia de lo que vale para que lo turbe tan insignificante manifestación. Sabe, sobre todo, que cuando su fortuna esté suficientemente redondeada y consolidada, y cuando su riqueza sea notoria, se verá rodeado de gentes que lo respeten y que lo adulen. Ya nota los síntomas precursores de su elevación social, y cuando va al café, por ejemplo, nunca falta quien le haga obsequiosamente sitio a su lado, ni quienes le den pruebas bien claras de deferencia. Cuando habla de la guerra, se le escucha con gusto ; cuando opina sobre las operaciones comerciales se lo oye con interés. Los rumores de que se hace eco, las

noticias que lanza, obtienen entero crédito entre muchos de sus camaradas, en cuyo concepto ha subido tanto de poco tiempo acá.

Porque Blaise Renaud era apenas, antes de la guerra, un muchacho insignificante, confundido entre la turbamulta de los pequeños viajantes de comercio en el ramo de comestibles. Pese a su actividad, a su labia, a su capacidad de bebedor de cerveza, borgoña o aguardiente – según el cliente – lograba a duras penas ganar lo necesario para el sostenimiento de su familia, compuesta de su mujer, Catherine, su hija Philomène y un hijo, Boniface, que a la edad de dieciocho años iba a terminar su aprendizaje de ebanista cuando estalló la guerra.

Vivían en una casucha perdida en una de las sórdidas *impasses* de la rue Haute, y en sus viejas y destartaladas habitaciones no penetraba nunca un rayo de sol. Madame Catherine se ocupaba de las faenas domésticas y cosía para una gran tienda de ropa blanca. Mademoiselle Philomène la

ayudaba o iba a coser por un miserable jornal en algunas casas burguesas.

Impulsado por un entusiasta sentimiento patriótico, el joven Boniface Renaud corrió a alistarse como voluntario en los primeros días de agosto de 1914, y fue incorporado al ejército. Después se supo que había estado en Amberes y que se había batido valerosamente en el Iser.

Durante todo el principio de las hostilidades la vida fue muy dura para la familia Renaud. Blaise no podía salir de Bruselas a visitar su clientela de provincia, y las escasas visitas que realizaba en la capital sólo le procuraban una irrisoria comisión, que en tiempo normal no le hubiera alcanzado para la cerveza con que solía atraer a sus marchantes ; la casa de ropa blanca pertenecía a una sociedad comercial alemana que, para salvaguardar sus mercancías y el edificio mismo, la convirtió en ambulancia de la Cruz Roja, después de guardar sus géneros en los vastos sótanos de modo que Catherine se

encontró sin trabajo ; y como, por aquellos meses, nadie pensaba en otra cosa que en hacer economías y guardar el dinero en previsión de cuanto de malo pudiera ocurrir, Philomène fue en vano a ofrecerse por la comida en las casas en que habitualmente trabajaba.

A tanto llegó la estrechez de la familia Renaud, que hubo de recurrir a la sopa comunal, como los más indigentes obreros sin trabajo. Madame Catherine salía todas las mañanas envuelta en su manto, llevando en la mano una desportillada jarra de loza, y después de haber hecho la fila una hora entera a la intemperie, en la empinada y sucia rue Haute, volvía a casa con tres litros de sopa y sus tres raciones de pan. Todos tres despachaban en un verbo, displicentes y taciturnos, con la sopa y el pan, unas pocas patatas cocidas y una taza de achicoria, añadidura que les permitía hacer de vez en cuando la distribución que de aquellos artículos hacían semanalmente los almacenes comunales.

Irritables y nerviosos maldecían la guerra, fulminaban al invasor, se enternecían con el recuerdo de Boniface, heroico defensor de la patria, de la libertad y del derecho, pasaban del terror a la esperanza hablando de los peligros que corría, y luego, inevitablemente, como reacción de su enternecimiento, sobrevenían las disputas, las invectivas, las mutuas acusaciones, como si cada uno de ellos y todos tres juntos fueran los causantes de tan intolerable situación, como la creada por la guerra.

- *¡ Si no fueras un holgazán, un incapaz, no nos veríamos como nos vemos ! – gritaba Mme. Catherine.*
- *Yo hago lo que puedo, pero se necesitaría tener muchas tragaderas para creer que no puedes encontrar costura. Y en cuanto a Philomène, sabido se está que cuando se quiere trabajar no falta trabajo, aunque más no sea como asistenta en las casas de familia. ¡ Pero cuidado con que la señorita se*

estropee las manitas blancas !

Madre e hija caían entonces sobre el viajante, que se defendía y atacaba con furia durante largo rato, pero que acababa siempre por replegarse, yéndose a uno de los cafés de los alrededores de la Bolsa, donde ya a la sazón comenzaban a pulular los especuladores en toda clase de géneros, desde la moneda y los valores hasta los cordones de atar el calzado.

La suerte de Blaise Renaud cambió de pronto. Un día de greña, después de una grave disputa, en que los tres beligerantes hubieron de llegar a las manos, y en que se retiró en derrota haciendo crujir bajo sus talones los restos de un inocente plato hecho añicos contra el suelo por la irritada mano de su mujer, Blaise estaba bebiendo un vaso de *faró* en la Brasserie Flamande, cuando a su misma mesa se sentó un pequeño industrial de los alrededores de Lieja, conocido suyo. El industrial tenía que partir inmediatamente y se hallaba en grandes apuros, porque no

había podido comprar todos los artículos que con urgencia necesitaba.

- *Yo me podría encargar de esas compras – dijo Blaise – que anteriormente, en tiempo de paz, había hecho algunos negocios con el liejense.*

Éste le dio gustoso la comisión, satisfecho de salir del paso, cuando ya desesperaba de encontrar a tiempo una persona de confianza a quien hacer el encargo. Tratábase de aceite para máquinas y de materias primas, por valor de unos pocos miles de francos, y la comisión de Blaise sería tanto mayor cuanto más favorables fueran los precios de compra.

Corrieron el industrial a tomar el tren y Blaise a buscar los artículos pedidos. La suerte le fue propicia y en pocas horas pudo realizar satisfactoriamente el negocio. Las mercaderías llegaron por milagro sin mucha tardanza y en buen estado. Blaise recibió su comisión, y desde entonces, animado por la esperanza, ya no salía de los

improvisados bolsines, y se ingería cada vez más en los grupos de especuladores, al acecho de una ganga cualquiera.

La favorable coyuntura tardó en presentarse de nuevo, pero al fin llegó. El liejense le escribió pidiéndole otra remesa de artículos y anunciándole que uno de sus colegas, propietario de una importante industria, pensaba encargarle de algunas comisiones, y que si Blaise las ejecutaba satisfactoriamente, no tendría de que quejarse pues menudearían los encargos y con ellos las comisiones.

Blaise Renaud había tenido sobrado tiempo de observar la increíble inestabilidad de los precios de toda clase de artículos. Las muestras pasaban de mano en mano entre la apeñuscada y bulliciosa concurrencia, y lo que de un extremo del café salía avalorado en un franco, por ejemplo, se cotizaba ya a franco y medio al llegar a las mesas centrales, y rayaba en dos francos o dos francos y

medio al tocar en el otro extremo. Y no era tan novicio para creer que toda aquella gente necesitaba del artículo en cuestión, pues a ser así, alguien se hubiera quedado con él en mitad del camino, ni para admitir que todos tuvieran cómo realizar efectivamente su compra. Claro es que muchos de esos especuladores compraban y vendían en descubierto, disponiendo en el mejor de los casos del dinero preciso para pagar las diferencias si no hallaban mejor postor. Y muchas veces le habían entrado grandes ganas de hacer lo propio, de jugar como los demás, corriendo el riesgo de caer en manos de la justicia. Pero, aunque de conciencia suficientemente elástica, Blaise Renaud carecía de arrojo, y la perspectiva de la cárcel le infundía terror. A contar con la impunidad hubiera vendido en descubierto, no digo unas cuantas toneladas de trigo candeal, sino el mismo palacio de justicia con la plaza Poelaert y todo. Pero el caso es que no pudo contar con la impunidad hasta que ...

Hasta que su industrial de Lieja y el colega de éste le encargaron de comprar una fuerte partida de artículos.

Seguro de encontrar un comprador de carne y hueso, bien provisto de dinero contante y sonante al final de la operación, tomó y revendió los mismos artículos dos o tres veces, realizando en cada una de ellas pequeñas ganancias que, reunidas, le produjeron una bonita suma. Hubiera continuado el tejemaneje de las promesas de compraventa firmadas con lápiz en papeles astrosos a fuerza de pasar de mano en mano, si no fuese por el escrúpulo de no retardar en demasía la remesa de los artículos pedidos, escrúpulo a que se mezclaba el saludable temor de que sus comitentes no le dieran más comisiones y le imposibilitaran así para realizar nuevas ganancias en aquel agio desenfrenado.

Por aquellos días regresaba a su casa rebosando de contento cargado con algunas botellas de *Gueuze Lambic* para beberlas mano a mano con la rubicunda Catherine cuyo humor se dulcificaba a medida que los francos

empezaban a entrar por esa puerta.

- *Ten mucho cuidado – le decía, sin embargo, gravemente –. No vayas a dejarte atrapar. Eres algo melón y hay muchos muy capaces de hacerte una zancadilla. En estas cosas hay que andar muy listo y soltar la brasa antes de quemarse.*
- *Descuida, mujer – replicaba Blaise, en cuya cara mofletuda volvían a aparecer los colores de la salud y en cuya boca resonaban de nuevo sus ruidosas carcajadas de regocijado viajante de comercio –. Muy ladino ha de ser quien me sople la dama, como que no pienso exponerme sin tener las espaldas bien cubiertas. Hasta ahora no he trabajado sin una orden firme de compra y no he de apartarme de esta línea de conducta, aunque se me ofrezca la ocasión de ganar montañas de oro.*
- *¡ No lo digo por tanto ! – exclamaba entonces Catherine –, serías un imbécil si dejaras escapar, por*

miedo, una verdadera ganga. El que no se arriesga no pasa la mar. Lo que quiero decir es que no debes exponerte a tontas y a locas por una futeza.

Con todo, y como lo apañado no pasaba con mucho de mil francos, Catherine seguía haciendo la fila cada mañana en la distribución del pan y de la sopa. El dinero se guardaba para un caso de apuro, sin tocar de él más que lo necesario para comprar algunos trapos y para los gastos menudos de Blaise, su tabaco de Obourg, sus dos o tres vasos de *faró* en la "*Bolsa*" donde ya comenzaba a hacer buena figura y la botella de Gueuze que bebían antes de acostarse.

Entretanto pasaban los meses, la primavera de 1915 se acercaba a grandes pasos, la guerra no llevaba miras de acabar y los Renaud no recibían noticia alguna de Boniface. Este silencio los alarmaba. Catherine hablaba a menudo de su hijo con tierna emoción, maldecía la guerra y sus horrores, y hacía los votos más vehementes porque

acabara la matanza con la destrucción de los asesinos que la habían provocado. Y cada vez que oía el lejano y trágico retumbo del cañón se estremecía de inquietud y de indignación, exclamando :

- *¿ Cuando se acabará esta maldita guerra ? ¡Infames! ¡ Infames !*

II

Cierto día se ofreció a Blaise la oportunidad de comprar a precio acomodado una partida de jabón de tocador. Seguro, esta vez, de ganar dinero, pues el artículo amenazaba ya con desaparecer del mercado, resolvió arriesgar sus economías en la operación. El consejo de Catherine lo alentaba, pues es cierto que quien no se arriesga no pasa la mar. Compró el jabón y acto continuo comenzó a realizarlo al menudeo, con ganancias que aumentaban día por día.

Habría vendido la mitad cuando se convenció de que el jabón llegaría a precios elevadísimos en pocos meses. Y se puso a cavilar sobre la manera de seguir practicando tan lucrativa operación, sin abandonar por eso su papel de comisionista.

Entre la turbamulta que frecuentaba la Bolsa, la casualidad lo puso un día en contacto con un ex capataz de cuadrilla de una de las grandes fábricas de jabón secuestradas por el ocupante, en razón de pertenecer a una firma inglesa, y mientras sorbían un vaso de *faró*, el obrero sin trabajo comenzó a lamentarse de su mala suerte.

- *Con pocos centenares de francos, me haría rico, sin embargo. La fabricación del jabón es una de las cosas más sencillas del mundo. No se requieren para ella ni grandes capitales, ni vasto local, ni costosas maquinarias.*

Sólo se necesitaban unos cuantos tachos, sebo, aceite, lejía y un poco de esencia.

- *¿ Con cuánto podría usted comenzar la fabricación ?*
- *Unos quinientos francos serían suficientes para instalarse, ahora que hay tantos talleres desocupados. Y estoy seguro de que la fábrica se ensancharía con sus propios beneficios en muy pocos meses.*
- *Hablaremos de eso – dijo Blaise, pensativo –¿Viene usted todos los días a la Bolsa ?*
- *No vengo a ésta. Ando de aquí para allá, en busca de algo que me dé de comer. Pero si hay una probabilidad, vendré cuando usted quiera.*
- *Pues el martes próximo lo aguardo a esta misma hora.*

El martes había realizado todo el jabón convirtiendo sus mil francos en mil doscientos cincuenta, además había ganado unos doscientos francos en sus últimas especulaciones.

No faltó el ex capataz a la cita de la que resultó un contrato de sociedad : Blaise y Grégoire trabajarían juntos

en la fabricación del jabón. Como Blaise pondría el capital y se encargaría de la venta, su parte sería de dos tercios de la fábrica ; el otro tercio pertenecería a Grégoire. Las ganancias se calcularían trimestralmente, si tenían cierta importancia se tomaría de ellas una parte variable, entre el cinco y el veinte por ciento, para el ensanche del negocio, si es que los socios no se resolvían a destinar mayor suma a ese objeto.

Buscaron un local y hallaron en Anderlecht un gran galpón desocupado, situado detrás de una verdulería explotada por una vieja amiga de Grégoire. El galpón les fue cedido casi gratuitamente, por recomendación de la verdulera, a condición de mantenerlo en buen estado y de cuidar la casa desocupada pero amueblada que ocupaba los dos pisos superiores. Como había servido para reparación de carros, tenía chimeneas, y la fabricación empezó. Los primeros productos fueron bastante inferiores, a causa de la imperfección de los utensilios,

pero, con todo, Blaise consiguió realizarlos con un beneficio bastante crecido, gracias al alza continua del jabón. Luego fueron mejores, casi buenos, y el comisionista se acreditó en muchas casas de comercio que frecuentaba, volviendo a su antiguo oficio. Pero las materias grasas comenzaron a subir y a escasear ...

Blaise comenzó a frecuentar el matadero de Cureghem, luego el de Bruselas, luego el de Schaerbeek, en resumen, todos los de la aglomeración, y a comprar los sebos de la peor calidad, los desechos de animales muertos de enfermedad, los sebos podridos. Del galpón salía un hedor intolerable. Afortunadamente para los alquimistas no tenían más vecindad inmediata que la de la verdulera, quien no se quejaba en demasía a causa de sus buenas relaciones con Grégoire.

Pero, con razón o sin ella, es el caso que algunos atribuyeron al jabón vendido por ciertas casas, clientes de Blaise, la producción de graves enfermedades cutáneas. La

autoridad, activa esta vez, decomisó en varias partes todo el jabón, para proceder a su análisis químico y bacteriológico, y averiguaron la procedencia del artículo. Aunque muchos comerciantes ignoraban el nombre de Blaise Renaud, algunos lo conocían y varios lo dijeron, agregando las señas del domicilio del vendedor. Un amigo le avisó de la tormenta que se cernía sobre su cabeza.

Blaise corrió a ver a Grégoire, antes de que la policía tuviese tiempo de interrogarlo.

- *Por poco te asustas – le dijo su socio –. Si no has sido indiscreto, ¿ quién puede ir a contar a la policía que tenemos aquí una fábrica clandestina ? La casa está alquilada por mí y sólo por mí, pues de otro modo mi amiga la verdulera no la hubiera cedido a tan buen precio, pudiendo ganar mucho más.*
- *Pero me preguntarán de dónde viene ese jabón, y yo no sabré qué contestar.*
- *¿ No van a la Bolsa desconocidos que venden*

artículos y que luego desaparecen sin que se les vuelva a ver ?

- *A menudo.*
- *¡ Entonces, hay más que decir, sino que compraste a uno de esos una partida de jabón y que esa partida es justamente la incriminada !*
- *Sí. Pero no escaparé de una multa y quizá de unos meses de cárcel.*
- *Una ligera multa y nada de cárcel. Los jueces son muy benignos y no podrían castigar a todo el mundo.*
- *Puede ser. Pero, en todo caso, tendremos que cerrar el negocio.*
- *¿ Renunciar al negocio, precisamente ahora, que empieza a dar pingües resultados ? ¡ Ni por pienso ! Nos manejaremos con mayor cautela, y eso es todo.*

La alarma fue falsa, porque el análisis químico sólo señaló defectos de fabricación que no podían causar

perjuicios. Seguro que el funcionario encargado del examen, sobrecargado de trabajo, dejó de lado asunto tan fútil o que hizo el análisis sobre una de las pastillas fabricadas en un principio.

Siguieron la fabricación y las ventas. Hacían ya buenas cantidades de jabón de todas clases : de *toilette*, *genre Sunlight*, *genre Marseille*, jabón blanco, jabón negro, usando toda especie de materias primas, que Blaise buscaba en los mataderos, y, sobre todo, en la sección de las carnes averiadas.

Por último, lanzaron la Saponine Renaud, sucedáneo del jabón. Con este nombre estaban al abrigo de toda sorpresa desagradable, pues no pretendían fabricar verdadero "jabón", sino un producto que, mal o bien, podía sustituirlo. Registraron el nombre y la marca e inundaron los periódicos de *réclames* de toda especie. Comenzaron a ganar miles de francos, les fue preciso ensanchar la fábrica. Como ya no tenían por qué ocultarse habiendo

abandonado las anteriores fabricaciones, dejaron el misterioso local de Anderlecht y se establecieron en una antigua usina, abandonada desde el comienzo de la guerra por falta de materia prima.

Blaise, entretanto, no abandonaba sus antiguos negocios de corretaje, antes bien, les había dado enorme vuelo. Ahora los complementaba con un poco de acaparamiento. Comenzó por almacenar, a la espera del alza, cosas de bajo precio, como los cordones para el calzado, los fósforos. Compraba cuanto le caía a la mano, y enviaba emisarios a todos los barrios de la ciudad, luego de la provincia, después a las demás provincias que aún se podían recorrer sin pasaporte.

* * *

Por ese tiempo, una tarde, Madame Catherine y Philomène, que todavía no habían abandonado el peinado alto y rizado y el mantón de lana populares de la rue Haute, entraron muy campantes en una de las más reputadas

joyerías de la rue Royale, donde se cuentan varias de primer orden.

La señora de la casa, que se hallaba sola tras del mostrador, quedó sorprendida al ver tan extraños visitantes. Pero su sorpresa pasó a estupor cuando Mme. Catherine, con marcadísimo acento *marollien*, le dijo :

- *Muéstreme collares de perlas.*
- *Debo advertir a usted – replicó la joyera – que en mi casa no hay piedras falsas.*
- *Quiero creerlo.*
- *Y que las verdaderas son muy caras.*
- *Lo sé de sobra. Muéstreme collares de perlas legítimas, que eso es, precisamente, lo que quiero.*

Algo inquieta, la joyera decidióse, sin embargo, a sacar un collarcito de perlas pequeñas e inferiores, y eso no sin apoyar antes el dedo en el timbre eléctrico que llamaba al personal.

- *No tiene usted por qué alarmarse, ni a qué llamar en*

su socorro – exclamó Mme. Catherine con sorna –. Y enséñeme algo mejor que esa porquería. Mire si tengo con qué pagar un collar o dos, como los de la misma reina Isabel.

Y esto diciendo sacó de la faltriquera un grueso rollo de billetes de mil francos, que plantó sobre el mostrador con un golpe de su mano roja y agrietada.

Se ensayó diversos collares, pavoneándose ante el espejo, preguntando su parecer a Philomène, riendo a carcajadas y diciendo dicharachos a la joyera y al marido, que había bajado a la tienda. Por fin compró uno de veinte mil francos, se lo dejó en el cuello, y arrebujiándose en su mantón salió muy tranquila seguida por su hija, que había comprado un anillo con una enorme piedra.

- *Parece que no hubieran visto nunca gente con dinero – observó al salir Mme. Catherine –. Y sin embargo ése es su oficio. ¿ Has visto con que ojos me miraban?*
- *Es que no vamos vestidas así como las cocottes ni*

como las damas de la corte. Apenas si parecemos modestas burguesitas.

- *Ya vendrán los trajes. Mejor era comprar esto. La portera me ha dicho que, hoy por hoy, la mejor colocación para el dinero son las alhajas y, sobre todo, las perlas. Los diamantes están muy caros y bajarán en cuanto acabe la guerra. Y el papel moneda es posible que no valga nada. Ya está bajando de una manera tremenda. Con las perlas siempre tendremos nuestros veinte mil francos.*

* * *

El interior de la casa de Blaise Renaud comenzaba a parecer un *bric-à-brac*, pues marido, mujer e hija compraban a diestra y siniestra cuanto chirimbolo les parecía bonito o rico. Hasta cuadros ¡ y que cuadros ! adquirieron.

Se habían hecho vestir por la mejor modista del barrio, que las convirtió de *marolliennes* en

espantapájaros. Así salían en el *tonneau* de Blaise, todos los domingos, a pavonearse por la ciudad y correr de cervecería en cervecería.

Philomène, que apenas sabía leer y hablaba una jerga incomprensible fuera de la rue Haute, resolvió aprender el piano. Una maestra iba a darle lección tres veces por semana. Cansada de escalas y ejercicios exigió que le enseñara "*algo*" con que lucirse. La maestra le reveló, compás por compás, y durante largos meses los misterios arduos, pero para ella deliciosos, de la *Plegaria de una Virgen* (Nota : de Tekla Bądarzewska-Baranowska, 1856), que Philomène logró al fin ejecutar, poco más o menos como un organillo desafinado y sin ritmo al que por añadidura le faltaran algunas notas.

Entretanto, desde hacia largos meses no tenían la menor noticia de Boniface, el soldadito belga que peleaba en el Iser.

* * *

Frecuentaban el cinematógrafo y el teatro y habían adquirido "*hermosas relaciones*".

Blaise había encontrado el medio de comprar la parte a su socio, que habiendo hecho locuras se encontró un día apurado por sus deudas. Quedó como gerente de la usina, pero con la amenaza de que a la primera falta sería puesto de patitas en la calle, como un simple obrero de ocasión.

* * *

El *Rotterdamsche Courant*, llegado a Bruselas, trajo un día la nueva lista de los soldados condecorados por el rey Alberto. Entre ellos figuraba Boniface Renaud, promovido a caballero de la orden de Leopoldo, por "*brillante hecho de guerra*".

He aquí lo que había pasado :

El joven Renaud, que saliera de Bruselas como simple soldado bisoño, adquirió con cierta rapidez la instrucción militar suficiente para lo cual le sirvió a maravilla la poca destreza manual que había adquirido como aprendiz

ebanista. Aunque no brillara por la inteligencia y fuera un completo ignorante que ni multiplicar sabía, tenía buena memoria y esa astucia que se observa en los campesinos belgas y también en los habitantes de los arrabales de Bruselas y en los de la popular y bulliciosa rue Haute.

Cuando la lucha titánica en que el pequeño y fatigado ejército belga consiguió quebrantar y retardar el formidable empuje de las masas alemanas de invasión, antes de que la inundación les opusiese una barrera infranqueable, Boniface Renaud tuvo oportunidad de distinguirse y la aprovechó lucidamente, quedándose solo en medio de los cuerpos de sus camaradas muertos o mal heridos, defendiendo un puesto aislado y manteniéndose en él hasta que llegaron refuerzos. Fue ascendido a cabo y mencionado en la orden del día. Poco después subió a sargento, en recompensa de una exploración en las líneas avanzadas enemigas, hecha con tanto arrojo cuanto astucia y previsión. Sus ex camaradas, ahora subalternos, estaban

convencidos de que no tardaría en ser oficial. Y sin duda acertaron en el vaticinio, si la ignorancia y la falta de cultura del valiente Boniface no se opusieran a este nuevo ascenso. Pero aún lo aguardaban otros honores.

El capitán le mandó un día que, a la cabeza de sus hombres, fuese a despejar, por sorpresa, una posición avanzada enemiga, instalada entre los pantanos de la inundación. Boniface esperó la noche, según las instrucciones recibidas, y escudado por las tinieblas fue avanzando como un reptil seguido por su gente. Largo tiempo tardó en llegar a las cercanías de la posición, y ya descontaba el éxito como asegurado cuando los alemanes los oyeron, hicieron fuego al azar en el primer instante y luego lanzaron un cohete luminoso que les permitió observar el terreno y descubrir a los asaltantes. Éstos quisieron atacar, haciendo fuego a su vez, pero estaban desgraciadamente demasiado lejos todavía y el enemigo los ametrallaba sin piedad. Boniface ordenó la retirada, viendo

frustrada la tentativa. Los hombres corrieron, diseminándose hacia la trinchera belga. Uno de ellos cayó, herido en una pierna ; Boniface lo tomó sobre sus hombros con la esperanza de salvarlo, pero una bala lo hirió a su vez, haciéndolo rodar por el suelo con su carga humana.

- *Hagámonos los muertos.*

El fuego de los alemanes amainó y luego cesó por completo. La noche fue terrible. El herido en la pierna podía a duras penas sofocar sus quejidos, pues sufría horriblemente, y sólo el miedo de ser rematado le daba fuerzas para callar. Boniface no tenía grandes dolores, pero sentía unas ansias realmente angustiosas. Por suerte la noche no era demasiado cruda y ambos heridos estaban ya avezados a la intemperie.

Como se hubiera incorporado sobre los codos para que su torso no estuviese en contacto con el suelo empapado, Boniface creyó notar cierto movimiento en la posición enemiga. Observó con más atención y a la luz

difusa del alba creyó ver deslizarse una a una varias sombras silenciosas que se dirigían casi a gatas hacia la línea de trincheras alemanas.

- *Es un relevo – se dijo – o evacuan la posición. Creo más bien lo segundo, pues de otro modo vería los que vienen de reemplazo ... a menos que hayan llegado antes. Habrá que ver eso.*

Preguntó a su compañero si podría avanzar arrastrándose. Sí. Ambos se acercaron al hoyo abierto por los alemanes que acababan, efectivamente, de abandonarlo. Boniface y su hombre se instalaron en él. Hizo bandera con su pañuelo blanco, la dispuso de modo que no se viese del lado alemán, e invitó luego a sus soldados a que hicieran fuego sobre el enemigo para llamar la atención de los belgas y hacerlos acudir en su auxilio.

La maniobra dio resultado. Un destacamento belga corrió a consolidar la posición, y a socorrer al sargento

Renaud.

Boniface, gravemente herido, fue transportado a la ambulancia. En su lecho lo condecoró el rey. Minutos después expiraba.

* * *

Madame Catherine y Philomène lo lloraron amargamente varios días. Blaise, exteriormente desconsolado, pero en su fuero interno lleno de orgullo y satisfacción, paseó su luto por todas partes, contando él mismo su gloria.

Una noche, madame Catherine tuvo una crisis de lágrimas. Entre sollozos exclamaba :

- *Y decir que hemos trabajado tanto para él ... ¡ sólo para él ! ...*

Pero al día siguiente estaba consolada. Había tenido una idea reconfortante, que cerró sus heridas. Y la comunicó a Blaise, para que él también se resignara :

- *¡ Pobre Boniface ! – exclamó –. Era lo único que me*

hacía desear que acabara la guerra. Ahora puede durar cuanto quiera ... Y cuando termine, nos retiraremos a vivir de rentas.

Roberto J. Payró

Roberto J. **Payró** ; « *Zeep* », in *La Nación* ; 14/03/1920. Reproducido in *Charlas de un optimista* ; Buenos Aires ; Anaconda ; (1931), 138 p. Reproducido in *Veinte cuentos* ; Buenos Aires ; Poseidón ; (1943), 232 p. (Colección « *Pandora* », 1)

Notas de Gerardo Paguro, traductor al francés :

Roberto J. Payró utiliza la palabra « *Zeep* » e. o. in « *Los alemanes en Bélgica. La prensa durante la Ocupación* », in *La Nación* ; 13/06/1919.

Voir à la page 1073 de la compilation de Martha Vanbiesem de Burbridge : « **Roberto Jorge Payró, Corresponsal de guerra** (Cartas, diarios, relatos. 1907-1922) » ; Editorial Biblos, Buenos Aires ; 2009.

La *Plegaria de una Virgen*, de Tekla Bądarzewska-Baranowska, 1856). Se puede escuchar, e. o. :

https://www.youtube.com/watch?v=z6f0_9k3EZI

https://www.youtube.com/watch?v=ae3Hm9FLG_U

Tekla Bądarzewska-Baranowska (Varsovia, a mediados del siglo XIX ; según se cree, en 1834 — Varsovia, 29 de septiembre de 1861), fue una pianista y compositora nacida en Polonia.

https://es.wikipedia.org/wiki/Tekla_B%C4%85darzewska